

El encubrimiento del asesinato.

El encubrimiento del asesinato sacrificial es mágico-sacrificial. El sacrificio es considerado fértil en sí.

Le sigue otro encubrimiento, que es el encubrimiento moderno. Ocurre por inversión. Es el cristianismo que lo introduce, aunque se produce recién en la historia del cristianismo. En su raíz está la condena del sacrificio, la negativa a la sacrificialidad. Sacrificar es un crimen, eso es la inversión frente a la violencia mágica-sacrificial.

Aparece la exigencia de la afirmación de la vida a través del no al matar, en términos más puros en el Evangelio de Juan, quien sigue a San Pablo. En esta tesis no hay ningún encubrimiento del asesinato. Surge de la crítica a la sacrificialidad mágica. Este sacrificio desaparece del mundo occidental a partir de la cristianización. Pero desaparece también en el judaísmo. Después de la destrucción del templo no se construye ningún nuevo lugar de sacrificio, sino el templo es sustituido por la sinagoga. Tampoco con la constitución del Estado de Israel vuelve ser planteada la cuestión del templo, porque el templo era un lugar del sacrificio mágico-sacrificial.

En otras culturas sobrevive el sacrificio, todavía en las culturas indígenas de América. Pero desde el punto de vista occidental es algo extraño e incomprensible.

Sin embargo, a partir de la negativa al sacrificio y de la afirmación de la vida a través del no al matar aparece una agresividad completamente nueva y un nuevo encubrimiento del asesinato. En el nuevo testamento aparece muy embrionariamente en la epístola a los Hebreos, pero también, y más expresamente, en el apocalipsis. Pero prácticamente está ausente en los textos de los evangelios del Nuevo Testamento fuera de elementos, que después pueden ser usados o abusados.

La nueva sacrificialidad se gesta en la historia del cristianismo y a partir su transformación en religión del imperio. De la no-sacrificialidad se pasa a la anti-sacrificialidad. De la negación del sacrificio se pasa a la lucha en contra del sacrificio. Se había revelado, que el sacrificio es un asesinato encubierto. Ahora se declara asesino al sacrificador. Por tanto se lo persigue como asesino.

Aparece una nueva agresividad. La no-sacrificialidad llama a la conversión, pero la anti-sacrificialidad llama a la persecución y a la agresión. Ella es esencialmente violenta, pero lo es en nombre de la negación del sacrificio.

Las dos etapas hay que distinguir. La primera llama a la humanización y es esencialmente pacífica. La segunda invierte esta humanización para constituir la agresión. La primera se enfrenta al mundo para convencerlo y convertirlos, la segunda para conquistarlo y

someterlo. La primera es la de la conversión de la población del imperio romano. La segunda es la de la cristianización del imperio mismo. La segunda transforma la agresividad en imperativo categórico de la ética. Es ahora servicio a Dios, después servicio a la humanidad.

Esta inversión anti-sacrificial crea un nuevo encubrimiento del asesinato. Se encubre ahora por la anti-sacrificialidad, mientras antes se lo encubría como sacrificio. Hay efectivamente una inversión completa.

Pero eso adquiere una dimensión universal. Todo sacrificio en todo el mundo hay que perseguirlo, para que no haya sacrificios otra vez. La lucha es por el universo, entre el Dios único del universo y el demonio único universal.

¿Y los sacrificadores? A partir de la figura de Cristo se las construye. Cristo, al crucificarlo, fue sacrificado por los crucificadores. Los crucificadores lo sacrifican. Por eso cometen el mayor crimen de la humanidad. Es un sacrificio ilegítimo. Este sacrificio no sacrifica a los sacrificadores, sino a aquellos, que no aceptan que Cristo fuera sacrificado. Es al revés de sacrificio anterior, a través del cual se sacrifica el sacrificador. Pero él se entrega para ser crucificado. Eso es un sacrificio legítimo. Pero Cristo se entrega para ser sacrificado - Sumo sacerdote, que sacrifica a sí mismo - para hacer el único sacrificio válido ante Dios, que salva a todos. Eso es un sacrificio que sacrifica al sacrificador. Pero Cristo es este sacrificador, que es sacrificado. No puede y no debe haber más sacrificios. Los cristianos se santifican al aceptar este sacrificio de Cristo como camino de su salvación. Pero no sacrifican a Cristo, quien se sacrificó a sí mismo. Hacen memoria de este sacrificio a través de la eucaristía que los hace participar en la santificación de Cristo. Aparece la anti-sacrificialidad. Por ser cada nuevo sacrificio la negación del sacrificio de Cristo como único sacrificio válido, cada nuevo sacrificio es participación en la crucifixión de Cristo y una ofensa para él.

Así aparece como figura clave la figura del crucificador. El primer cristianismo no busca crucificadores, sino considera el cumplimiento de la ley como la razón de la crucifixión. Allí se trata de un crimen cometido en el cumplimiento de la ley y se trata de un crimen ciego: no saben lo que hacen. Ahora aparece el crucificador como la figura que rechaza la verdad de Cristo - la ley de Cristo. Es un levantado en contra de la ley en nombre de leyes falsas. Niega el sacrificio de Cristo y, por tanto, comete el crimen de sacrificarlo en pos de su ley, que es ley falsa.

Aparece como figura clave del crucificador el judío y el consiguiente anti-judaísmo. Es el judío que insiste en su ley mosaica superada por la ley de Cristo como ley verdadera. La crucifixión es transformada en pecado de los judíos, locura judaica. Pero todos los que no aceptan la verdad cristiana son transformados en crucificadores. En este tiempo, sobre todo los árabes, posteriormente la población de América, pero también todos los opositores del imperio. Todos cometen el pecado de los judíos.

El cristianismo aparece ahora como religión de la agresividad universal. Todos los no-cristianos, al rechazar cristianizarse, no son simplemente de religión diferente, sino son agresores. Hay una agresión universal en contra del cristianismo, que comete cualquier persona por el hecho de no ser cristiano y por no aceptar el cristianismo. Es agresor frente al cristiano, porque es crucificador de Cristo y comete el pecado de los judíos. El cristiano tiene que someterlos y vengar en ellos la crucifixión de Cristo. Por eso, estas guerras se llaman Cruzada. So crucifixión de los crucificadores.

Con eso, el imperio cristiano surge sobre la base de un asesinato fundante, que es la crucifixión de Cristo. Es un sacrificio antisacrificial. No puede haber más sacrificios después de éste, y éste solamente se puede memorizar. La eucaristía es interpretada como renovación de este sacrificio por la creyentes, pero no como nuevo sacrificio. Es memoria real del sacrificio fundante, que es un asesinato fundante.

Aparece una nueva purificación por la sangre. Es primariamente por la sangre de Cristo.¹ Purifica a los cristianos y condena a los que no lo son. Pero la purificación de los cristianos pasa por la sangre de las víctimas, que, al ser derramada, es sangre purificador. Lavan sus almas en la sangre de Cristo y se purifican por la sangre derramada que se transformaa en sangre de Cristo al ser derramada. La violencia se transforma en eucaristía sangrienta.

De esta manera se encubre el asesinato por el antisacrificio. Este antisacrificio tiene toda característica de los sacrificios anteriores, pero es un sacrificio al revés. Hay un sacrificio, pero este determina, que no debe haber sacrificios. Cuando estos cristianos llegan a conquistar Mexico, se horrorizan por los sacrificios humanos en Maexico y sienten la necesidad de eliminarlos. En México en este tiempo de los aztecas no había pena capital. El condenado es condenado a ser sacrificado para los dioses. Hasta la pena capital tiene el carácter de sacrificio. Los cristianos, que conquistaron a México, quemaron sus herejes y brujas vivos frente a su catedrales y al quemarlos cantaron el Te Deum. Pero eso no consideraron sacrificio humano a los dioses. Hasta a los aztecas los quemaron vivos frente a sus nuevas catedrales cantando el Te Deum, para asegurar que no haya más sacrificios humanos.

Los sacrificios eran efectivamente diferentes, aunque en cada uno se mataba al sacrificado dolorosamente. Pero lo que se cree de la realidad es parte de la realidad. Por eso se

¹ Y el provicario castrense, monseñor Victorio Bonamín, decía el 23 de septiembre de 1975:

“Cuando hay un derramamiento de sangre, hay redención. Dios está redimiendo mediante el ejército argentino a la nación Argentina... que se puede decir de ellos (refiriéndose a los militares), es una falange de gente honesta, pura. Hasta ha llegado a unificarse en el Jordán de la sangre para ponerse al frente de todo el país...”. Centro de Información América Latina: Boletín 2 (1976) 82.

trataba de sacrificios diferentes e inclusive contrarios. Los aztecas hicieron sacrificios humanos, los cristianos antisacrificios humanos. La sangre purificaba en los dos casos. Pero lo hizo de manera muy diferente en cada caso. La sangre azteca dignificaba al sacrificado, la sangre derramada por el cristiano dignificaba al victimario. El hereje iba al infierno, el antisacrificio no lo salvaba. Sin embargo, salvaba al victimario, que por su mérito iba al cielo.

Hay un encubrimiento muy nuevo del asesinato. El asesinato es antisacrificio y por tanto camino a una vida humana sin sacrificios humanos. El encubrimiento es dinámico y esperanzador. El antisacrificio es promesa. Sin embargo, para el sacrificado no deja esperanza. Lo manda al infierno, que es un asesinato humano eterno sin esperanza y sin ninguna fertilidad. Los sacrificados pierden efectivamente toda dignidad humana.

Pero esta violencia antisacrificial sigue siendo sacrificial. Se la celebra en la plaza pública. Las hogueras son fiestas y lo siguen siendo hasta la revolución inglesa y la francesa, que celebran estas fiestas alrededor de la guillotina. Los que celebran se purifican con la sangre de otros derramada por ellos. En este sentido son fiestas de la hipocresía. Pero no son fiestas sacrificiales, sino antisacrificiales.

El pasaje a la sociedad burguesa y con eso a la sociedad moderna transforma este esquematismo antisacrificial del imperio cristiano secularizándolo. Lo mantiene íntegro, pero renuncia a su envoltura religiosa explícita. Lo hace por su uso de los derechos humanos y su integración con el mercado desatado. En esta forma es creado por John Locke. El Cristo-Dios es sustituido por la especie humana, la humanidad.

Ahora es el individuo burgués, que persigue a los violadores de los derechos humanos en todo el mundo. Todos que no están sometidos a relaciones capitalistas de producción, violan los derechos humanos y ofenden de esta manera el género humano. Defendiendo el género humano, el individuo burgués tiene que hacerle la guerra, que necesariamente es guerra justa, para someterlos a las relaciones de producción burguesas.

Este esquematismo es igualmente agresivo y en su esencia antisacrificial. El sacrificio, que se niega, es ahora la violación de los derechos humanos burgueses por todo el mundo no-burgués. Sigue habiendo el mismo sacrificialismo antisacrificial, pero pierde ahora su envoltura religiosa explícita. Las dos grandes revoluciones burguesas - la inglesa y la francesa - la mantienen todavía, por tanto, su violencia ocurre en la plaza pública, pero el resultado de su propio éxito es que pierda su eficacia y se la abandone en el curso del siglo XIX. Con ello desaparece la plaza pública como el lugar de la violencia.

Es ahora el tiempo de la violencia prosaica. Es encubierta por la bandera de los derechos humanos y del progreso. Las matanzas son hechas invisibles. Es la misma bandera de los derechos humanos que exige esconderlas. Donde se lleva a cabo la pena capital, ocurre en espacios pequeños y escondidos y la opinión pública es excluida. Eso es claro ya con la derrota del levantamiento de la comuna de París en 1871. Los levantados son

simplemente masacrados. Después el hecho es silenciado. La matanza misma es un acto burocrático.

Sigue habiendo un encubrimiento del asesinato. Se hace ahora por la ley y los derechos humanos. Se extiende hasta la actualidad. Las guerras del Golfo y de Kosovo son de este tipo. El reclamo de derechos humanos y de la ley tapa completamente el asesinato ocurrido. Los asesinos, después de sus ataques a la población civil, vuelven limpios y la sangre de otros, que derramaron, sirve, para limpiar a ellos mismos. La casa blanca se pinta cada vez más blanca con la sangre que derrama en nombre de la defensa de los derechos humanos. También en este caso la hipocresía es obvia.

Cuando durante del siglo XIX aparecen los movimientos de emancipación, sobre todo de emancipación obrera, este encubrimiento del asesinato por derechos humanos se debilita. Estos movimientos, a los cuales la sociedad burguesa se enfrenta violentamente, argumentan en nombre de los derechos humanos. Y cuando usan también la violencia y se forman como grupos revolucionarios, encubren ahora también su violencia por los derechos humanos. Efectivamente, los movimientos revolucionarios usan los derechos humanos de una manera muy análoga a los que ocurre en la sociedad burguesa, transformando solamente su contenido. El canto La Internacional anuncia la última batalla para el derecho humano.

Eso es más expreso en el socialismo soviético, cuya ideología es en cierto sentido una réplica de la argumentación de John Locke.

Frente a esta reformulación del derecho humano aparece en la sociedad burguesa una corriente de reorientación. Esta niega ahora los propios derechos humanos en nombre de la voluntad de poder. Denuncia los derechos humanos en todas su formas. Eso parte de la filosofía de Nietzsche y desemboca en el fascismo del siglo XX. Denuncia en nombre de la veracidad toda la hipocresía del encubrimiento del asesinato para pasar al asesinato desnudo.